



# Salvador Rueda

El niño que no sabía escribir sus poemas

Escrito por Miguel López Castro

Ilustrado por Agu Méndez



A los niños y niñas como vosotros los cuentos no les parecen realidad pero, a veces, ocurre que muchos de estos cuentos son historias reales, ésta es una de ellas.

Es la historia de un niño que nació hace 150 años en Benaque, una pequeña y pobre aldea de Málaga con tan sólo 34 casas.

Este niño se llamaba Salvador Rueda y vivía en el campo, en una pequeña casa con sus padres y sus seis hermanos. Todos ellos tenían que ayudar en las tareas del campo y con los animales.

Salvador era un niño con mucha imaginación y sensibilidad. Donde todos veían trabajo y campo, él veía hermosura y misterio.





Para él, la lluvia hacía música al caer, igual que las olas del mar. Le llamaba la atención la rugosidad de la corteza de los árboles, a los que acariciaba buscando sensaciones. Se comunicaba con ellos y les ponía nombre, dándoles identidad como si fueran personas.

En los surcos y huecos de las rocas, él encontraba parecidos con caras y cosas de la naturaleza. Dicen algunos, que esa manera de ver las cosas es la de los poetas.

Y tienen razón, Salvador era un poeta, pero...



¿se puede ser poeta sin saber escribir?

Él debió pensar que sí, porque todo lo veía de otra manera más hermosa y profunda.

Decía las cosas de una manera más bella e inteligente:

En vez de tus ojos verdes, decía tus ojos de bosque fresco; si había

que mencionar el mar azul, él decía la mar de color cielo; por duro corazón, decía corazón de piedra; por el brillo de tus ojos; decía el cristal de tus dientes, decía un criadero de perlas. Así todo era más hermoso y divertido.

El cura de un pueblo cercano se dio cuenta de que este niño tenía una sensibilidad especial y que le encantaba aprender. Le prestaba libros y lo animaba, pero como Salvador no podía ir a la





tar- escuela  
dó mucho en saber  
leer y escribir.

Cuando supo, ya nunca dejó  
de leer poesía.

Por fin pudo escribir los  
pensamientos de poeta que él  
sentía, pero también aprendió  
mucho oyendo los poemas  
que cantaban las pandas de  
verdiales y los cantaores y  
cantaoras de flamenco.

8

El solito descubrió que las  
coplas flamencas eran, en  
realidad, poemas que se de-  
cían con música... esto los  
hacía mucho más hermosos.

Salvador oía a los cantaores  
y cantaoras y quedaba admi-  
rado, casi paralizado, oyendo  
los cantes. Observaba los  
gestos de la cara que se  
abrían



ensanchando las cejas y  
mostrando la sonrisa gigante  
cuando expresaban alegría. Y  
retorcían el rostro con gestos  
duros, cerrando los ojos y los  
puños y agarrándose el pecho,  
como si el corazón se les fue-  
ra a salir, cuando los cantes  
eran de dolor y tristeza.

Si... Salvador descubría  
cosas maravi-  
llosas que  
los demás  
no llega-  
ban a ver  
y sentir,  
así

9



es  
como di-  
cen que ven  
y sienten los  
poetas, y él  
lo era.

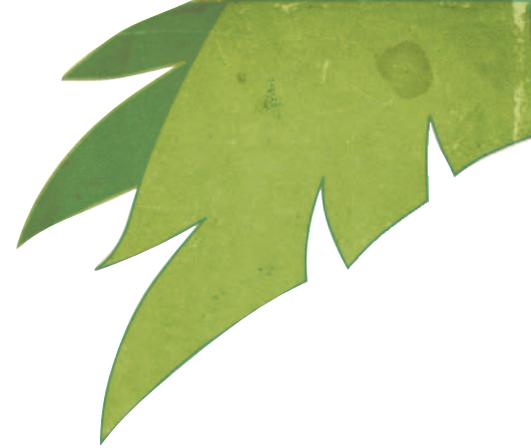


Pronto escribió poemas que nos mostraba la naturaleza mucho más bella de lo que los demás podían pensar que fuera:

Allá en el fondo del río  
Cuando nada turba el agua,  
Palpita de las estrellas  
el hormiguero de plata.

Así de hermoso veía el el  
reflejo de las estrellas en el  
agua quieta del río.

A los ríos y montes les daba  
vida y parece que fueran hu-  
manos y tuvieran sentimientos:



De dos montañas distintas  
corren al mar dos arroyos,  
y en el camino se juntan  
para no caminar solos.

Salvador veía vida en todas  
las cosas de la naturaleza y  
les daba sentimientos:

Mira qué triste está el cielo,  
mira qué sendas tan solas,  
mira con cuánta amargura  
se van quejando las hojas.

También a los animales les daba personalidad viéndolos de forma más divertida y hermosa:

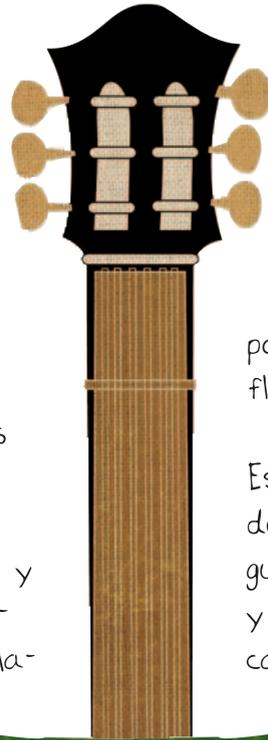
El mirlo se pone su levita negra, y por los faldones le asoman las patas de color de cera.

Aunque Salvador era muy rico en sentimientos, no lo era en dinero, tuvo que trabajar

en muchos oficios para ganarse la vida; trabajó de labrador, carpintero, panadero..., pero siempre soñaba con escribir, escribir cuentos y poemas.

Tanto empeño puso en ello, que quienes le conocían le ayudaban a ello dándole libros y consejos sobre los poemas que escribía.

Así, un día dejó su pueblo y marchó a Málaga, después a Ma-



drid, siempre trabajando y escribiendo. Poco a poco sus poemas eran cada vez más valorados, muchos de ellos los escribía con la ilusión de que fueran cantados por cantaoras y cantaores flamencos.

Escribió sobre los sentimientos de la música que salía de la guitarra, de las malagueñas y soleares, de los cantes



de los pescadores, de las bailaoras y de todo lo que tenía que ver con el flamenco.

Siguíó viajando por muchos países de América y, convertido ya en un poeta muy querido y valorado, por fin el niño pobre de Benaque, ya de hombre, fue feliz haciendo lo que quería; escribir versos.



Entonces, ya de viejo, volvió a su pueblito Benaque y después a Málaga capital, donde vivió sus últimos años como cuando era niño; paseando, mirando y sintiendo todo con la intensidad y belleza con que miran y sienten los poetas.





¿A que es como  
un cuento?

Pues recordad que esta  
historia es real y tiene  
un final feliz, porque Sal-  
vador se esforzó ilusionado  
toda su vida para que  
así fuera.